

Lun
11
Nov
2019

Evangelio del día

[Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Martín de Tours (11 de Noviembre)**

“Si se arrepiente, perdónalo”

Primera lectura

Comienzo del libro de la Sabiduría 1,1-7:

Amad la justicia, gobernantes de la tierra, pensad correctamente del Señor y buscadlo con sencillez de corazón.

Porque se manifiesta a los que no le exigen pruebas y se revela a los que no desconfían de él.

Los pensamientos retorcidos alejan de Dios y el poder, puesto a prueba, confunde a los necios.

La sabiduría no entra en alma perversa, ni habita en cuerpo sometido al pecado.

Pues el espíritu educador y santo huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios y es ahuyentado cuando llega la injusticia.

La sabiduría es un espíritu amigo de los hombres que no deja impune al blasfemo: inspecciona las entrañas, vigila atentamente el corazón y cuanto dice la lengua.

Pues el espíritu del Señor llena la tierra, todo lo abarca y conoce cada sonido.

Salmo de hoy

Salmo 138,1-3a.3b-6.7-8.9-10 R/. Guíame, Señor, por el camino eterno

Señor, tú me sondeas y me conoces.

Me conoces cuando me siento o me levanto,

de lejos penetras mis pensamientos;

distingues mi camino y mi descanso,

todas mis sendas te son familiares. R/.

No ha llegado la palabra a mi lengua,

y ya, Señor, te la sabes toda.

Me estrechas detrás y delante,

me cubres con tu palma.

Tanto saber me sobrepasa,

es sublime, y no lo abarco. R/.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,

adónde escaparé de tu mirada?

Si escalo el cielo, allí estás tú;

si me acuesto en el abismo, allí te encuentro. R/.

Si vuelo hasta el margen de la aurora,

si emigro hasta el confín del mar,

allí me alcanzará tu izquierda,

me agarrará tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17,1-6

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca!

Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar.

Tened cuidado.

Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: "Me arrepiento", lo perdonarás».

Los apóstoles le dijeron al Señor:
«Auméntanos la fe».

El Señor dijo:
«Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: "Arráncate de raíz y plántate en el mar", y os obedecería».

Reflexión del Evangelio de hoy

En espíritu y verdad se ha de glorificar al Padre, le dijo Jesús a la mujer de Samaría y de alguna manera resuena en la oración colecta de esta memoria de San Martín de Tours. Dios glorificado en la vida y la muerte de este santo pastor de la Iglesia de Jesús. Lo que le pedimos a Dios es que cada uno de nosotros podamos experimentar que ni la vida ni la muerte puedan apartarnos del amor de Dios.

Lo encuentran los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían

El comienzo del libro de la Sabiduría parece que evoca la figura de Salomón, que pide a Dios la sabiduría necesaria para regir a Israel, al frente del cual se ve colocado. Reconoció su pequeñez y la necesidad de verse iluminado por la sabiduría que viene de arriba. Pues bien, amar la justicia y vivir de acuerdo con ella revela una existencia iluminada por la Sabiduría. Y esto se le pide a lo que rigen la tierra. Ciertamente se hace imprescindible apearse a la justicia para poder gobernar. Pero además añade el autor sagrado dos actividades precisas: pensar correctamente del Señor, la primera. La segunda, buscarle con corazón íntegro. De alguna manera, pensamientos y afectos unidos y ambos regidos por la sabiduría. De ese modo se piensa bien, del Señor y de los demás. Y siendo él bien conocido, puede ser correctamente amado.

Los razonamientos retorcidos alejan del Señor

La sencillez y la humildad, disponen para acoger, entender, poner en práctica y comunicar a los otros, todo cuanto en este encuentro Dios revela. Porque todo el que escucha y aprende encuentra al Señor. No se trata de complicar la existencia con razonamientos sin fundamento, sino abrirse a la Palabra y acogerla para que la existencia toda se encuentre renovada. Cuanto más sencillamente se acerca el creyente a Dios, mejor entiende lo que se le da a conocer, más le ama y cuanto mayor amor manifieste mucho mejor conocerá. Este es el que puede comunicar a los otros lo que tan generosa y gratuitamente ha recibido.

No os llamo siervos sino amigos

En las despedidas de Jesús les dice a los Apóstoles: ya no os llamo siervos... a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. La sabiduría, acabamos de escuchar "es un espíritu amigo de los hombres". Les revela lo íntimo de Dios para introducir en esa intimidad a los que llama amigos. Se trata de dejarse introducir para luego poder acompañar a cada uno en su proceso de acercamiento a él.

Y es lo que repetimos en el salmo como respuesta a Palabra: guíame, Señor, por el camino eterno. Y no puede ser de otra manera. No se trata de avanzar a fuerza de especulación, sino de gracia e iluminación interior, para poder experimentar cómo la vida se transforma y cómo somos útiles a los demás, bajo la guía del Espíritu.

Si tu hermano te ofende siete veces en un día y siete veces te pide perdón, ¡¡perdónalo!!

Y esta misma sabiduría es la que nos muestra el sentido del perdón y de dónde brota o debe brotar el perdón mutuo.

En muchísimas ocasiones hemos oído decir: yo perdono pero no olvido. Parece ser complicado esto de no olvidar y tener presente lo que Jesús nos dice: perdonar, no siete veces, sino setenta veces siete. Quizá no recordamos con frecuencia el reiterado perdón que Dios nos concede a cada uno, cuando volviendo arrepentidos, tras una cadena continuada de fallos, pedimos que nos lo conceda.

Perdonar siempre. En toda circunstancia. Conscientes de haber sido beneficiados con el envío del Hijo, no para condenar, sino para que el mundo se salve por él. De este hontanar de amor manan el perdón y la misericordia que son, en sí mismos, el mejor testimonio de un amor sin límites. Así es el amor de Dios.

El pasaje del evangelio contiene una petición de los apóstoles: "Auméntanos la fe". Ciertamente hay que tener verdadera fe, en el sentido de acogida de la revelación del perdón de Dios, por lo mismo de su amor y en el de respuesta consecuente: si Dios nos ha perdonado ¿no tendremos nosotros que hacer lo mismo? Se le pide a Jesús que aumente la fe y lo que responde a la petición nos resitúa ante el tema: "Si tuvierais fe como un granito de mostaza..." No es cantidad: aumentanos. Se trata de calidad de fe, de verdadera fe. Esa es la que hace mover montañas.

En esta sociedad de la que formamos parte, es parecido hacer visible que se puede perdonar siempre, aunque no podamos someter nuestra memoria. Pero no vinculemos el perdón a la posibilidad de olvidar, sino a la decidida determinación de seguir el ejemplo del maestro: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen".

¿Puedo perdonar yo?

¿Quiero perdonar siempre?



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Soy fraile dominico, nacido en Almería en 1950. Tras graduarme como Delineante Industrial, ingresé en la Orden de Predicadores en 1967 y fui ordenado sacerdote en 1974. He desarrollado mi labor pastoral y formativa en España y Venezuela, como maestro de novicios, prior en varias comunidades, profesor de teología y director espiritual. También he trabajado en la Pastoral Familiar y acompañado a jóvenes y laicos dominicanos. Actualmente soy párroco en Santa Escolástica de Granada. Me apasiona la investigación histórica, he participado en congresos y publicado varios trabajos y formo parte del Instituto de Estudios Almerienses.

Hoy es: San Martín de Tours (11 de Noviembre)

San Martín de Tours

Obispo

Panonia, hacia 317 - Candes (Francia), 8-noviembre-397

Martín de Tours es uno de los santos más populares de Francia e incluso de Europa. Centenares de pueblos e iglesias (también en España) evocan su nombre. Son innumerables las vidrieras, imágenes y esculturas que representan la escena en la que un Martín, oficial del ejército, con 18 años y, siendo todavía catecúmeno, comparte su capa con un pobre desnudo, el único vestido que llevaba, puesto que el resto de sus vestidos ya los había repartido con otros pobres. Y, sin embargo, fuera de esta imagen legendaria, pocos son los que tienen ideas precisas de la vida de este hombre, cuya influencia ha sido grande en la Iglesia desde la antigüedad hasta hoy. La «Vida de San Martín», escrita por Sulpicio Severo, es la fuente fundamental en la que se han inspirado todas las biografías de San Martín, y en la que también se inspiran estas reflexiones.

Soldado de Cristo

Teniendo en cuenta los datos disponibles, podemos afirmar que Martín nació en el reinado del emperador Constantino hacia el 317, en Panonia. Sus padres, que gozaban de buena posición social, eran paganos. Si hacemos caso de Sulpicio Severo, Martín habría servido en el ejército de los 15 a los 20 años, siguiendo los pasos de su padre, que era oficial del ejército. Posiblemente fueron muchos más los años en que estuvo en el ejército, hasta el año 356. [...] ¿Cómo fue esta despedida del ejército? Martín se negó a participar en un último combate que le habría otorgado una gran distinción militar y un donativum. Cuando el César Juliano le selecciona para una decisiva batalla, Martín le responde: «Hasta hoy he estado a tu servicio: permíteme a partir de ahora estar al servicio de Dios; que acepte tu donativum quien tenga intención de combatir. Yo soy soldado de Cristo, no tengo derecho a combatir». [...]

Monje y obispo

Una vez dejada la milicia, durante la cual fue bautizado, fundó un monasterio en Ligugé, cerca de Poitiers, donde practicó la vida monástica bajo la dirección de San Hilario.

Fue elegido obispo de Tours en julio de 371, por elección popular. [...] Tras un episcopado de 26 años, murió en noviembre de 397, a la edad de 81 años. Trabajó en la formación del clero y en la evangelización del mundo rural, combatiendo con habilidad y prudencia las supersticiones populares, sobre todo las paganas, logrando numerosas conversiones. Su modo monástico de vivir, incluso siendo obispo, su dedicación a la oración y contemplación, no sólo no le impedía dedicarse a la actividad apostólica, sino que ésta era tanto más eficaz cuanto que estaba motivada por una vida ejemplar que bebía en las fuentes de la oración.

Defensor del débil y del oprimido

Además de la famosa escena de Martín compartiendo su capa con un pobre, hay otra menos conocida, pero no menos significativa: siendo ya obispo, y yendo hacia la iglesia, se encontró en pleno invierno con un pobre semidesnudo que le pedía un vestido. Martín ordenó al archidiácono que le vistiera inmediatamente, mientras él entraba en la sacristía. Como el archidiácono tardaba, el pobre, llorando y aterido de frío, entró en la sacristía y se quejó al obispo. Martín, entonces, le entregó la túnica que llevaba bajo el alba con la que iba a celebrar la misa. Cuando el archidiácono avisó al obispo de que era la hora de la celebración, éste le dijo que no entraba a la iglesia hasta que el pobre no estuviese vestido. Efectivamente, aunque el archidiácono lo ignorase, Martín se había convertido en ese pobre, que no llevaba ninguna ropa debajo de la vestidura litúrgica. Muy disgustado, el archidiácono fue a comprar un vestido vulgar, que se lo entregó al obispo, diciendo: «He aquí el vestido, pero el pobre ya no está». Martín le hizo salir, se vistió y salió a celebrar la Eucaristía».

La bondad y caridad de Martín se manifestó abundantemente a lo largo de su existencia. En esto, como en muchas otras cosas, su vida fue una auténtica imitación de Cristo. Como Jesús, Martín «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10, 38). Martín curó milagrosamente a muchos enfermos y expulsó a muchos demonios (o lo que su biógrafo y la gente de entonces consideraban como síntomas de posesión diabólica). Siendo obispo empleó toda su influencia ante los poderosos para defender a los débiles y, cuando fue necesario, no dudó en enfrentarse con los grandes de este mundo.

Mártir sin derramar su sangre

Puesto que en los primeros tiempos de la Iglesia sólo los mártires eran considerados santos y sólo a ellos se les daba culto, Sulpicio Severo, impresionado por la santidad de Martín, se cree obligado a decir: las circunstancias actuales no han podido asegurar el martirio de Martín, pero esto no impedirá que alcance la gloria de los mártires. «Sin verter su sangre», mereció «la plenitud del martirio... Pues, por la esperanza de la eternidad, ¿cuántos sufrimientos no ha soportado: por el hambre, las vigias, la desnudez, los ayunos, los insultos de los envidiosos, las persecuciones de los malvados, las atenciones a los enfermos, el cuidado de las personas en peligro? ¿Quién fue afligido sin que él no lo estuviera? ¿Quién escandalizado sin que a él no le doliera? ¿Quién ha perecido sin que él haya gemido? Todo esto, por no hablar de sus diversos combates de cada día, que mantuvo contra el poder del mal humano y del mal espiritual. En este hombre, asaltado por tentaciones de todo tipo, siempre triunfó el valor, la paciencia y la serenidad. ¡Cuánta bondad, piedad y caridad indecible la de este hombre! Una caridad que, incluso en un siglo frío en el que hasta los santos se enfrían cada día, él ha perseverado hasta el fin creciendo de día en día».

Su muerte, como lo fue su vida, fue ejemplar y digna de todo elogio. Ocurrió en Candes, a cuya parroquia había acudido para restablecer la paz entre los clérigos. Cuando se disponía a regresar a su monasterio, le abandonaron las fuerzas. No quiso ninguna comodidad para su cuerpo, para dar ejemplo a los suyos de cómo debe morir un cristiano. «Con los ojos y las manos continuamente levantados al cielo, no permitía que su alma invencible cejase en la oración».

Un santo para nuestro tiempo

Martín de Tours es un santo para nuestros días. Sin estar nunca apegado a la tierra, su vida fue una permanente búsqueda de otra ciudad, la de Dios. Su gran caridad despierta nuestra responsabilidad frente a toda suerte de pobreza y de enfermedad. Monje antes que otra cosa, nos invita a mirar con ojos nuevos la vida religiosa. Obispo, es ejemplo de cercanía, de falta de ambiciones terrenas, y nos llama a destruir los ídolos que nos encadenan. Místico, nos conduce hacia

Dios, como un guía seguro, siempre a la escucha del Verbo bajo la inspiración del Espíritu.

En su vida se unen dos aspiraciones complementarias de toda espiritualidad cristiana: la oración o contemplación, que sabe hacer callar al mundo y buscar el silencio interior; y la actividad apostólica del soldado de Cristo que, como laico, monje u obispo, se compromete con sus hermanos los hombres y toma parte en todos los combates en donde está en juego el bien del prójimo.

Fr. Martín Gelabert, O.P.